

X

¡En el arroyo!

Teresa no sabía donde refugiarse ni que hacer.

No tenía más que diez francos.

Con diez francos, en París, no se va lejos.

Lo sabía.

¿Y cómo ganar más?

¿A quién recurrir?

El señor Quillet la había predicho demasiado bien el porvenir.

Subió la calle de Rivoli, y cuando llegó enfrente del puente de las Artes, se acordó de sus amigos, los Krug, á quienes no había tenido tiempo de volver á ver en el jaleo de su aprendizaje de un oficio que ella conocía tan poco.

Pasó el Sena y llegó al boulevard Montparnasse, prolongando todo lo posible su excursión, por miedo de llegar demasiado temprano á casa de su antiguo profesor.

A las ocho y tres cuartos llamaba á la puerta del taller de su maestro.

El suizo fue quien salió á abrir.

El pobre hombre estaba sumamente delgado.

—¡Vos!—dijo alegrándose.

—Sí, yo, que me alegro mucho de volver á veros.

Teresa había ido á buscar consuelo: desde la

primera ojeada comprendió que era ella quien tenía que dárselo á los demás.

Y engañando al pintor por medio de una mentira generosa, le dijo:

—Tengo permiso hoy y me aprovecho de él para dar una vuelta por aquí.

Teresa paseaba su mirada con inquietud por las paredes del pobre alojamiento, que parecía más vasto á causa de su desnudez,

Casi todos los objetos que antes había allí, habían ido desapareciendo poco á poco,

—¿No marcha bien esto?—preguntó la joven con acento de ternura.

—¡Oh, no!

—¿Y la señora Krug?

—Ha ido á llevar la obra.

—¿Qué obra?—dijo la joven admirada.

—Me da vergüenza deciroslo... Yo no toco un pincel ni un lápiz... No hay encargos... ni un retrato... ni una copia... nada. Y...

—¿Y qué?—dijo Teresa.

—Ha sido preciso buscar algo que hacer, cualquier cosa, para vivir...

—Y?...

—Y hemos encontrado costura... que todo el mundo puede hacer... Yo también eso... No se necesita estudio; pero trabajando doce horas se gana...

—¿Cuánto?

—Cincuenta céntimos por día... Trabajamos los tres... Ganamos un franco cincuenta...

Dijo entre dientes:

—Coso y sacos y sacos para echar en ellos no sé qué... grano, carbón, harina... Si yo estu-

viera más práctico, tal vez llegara á ganar setenta y cinco céntimos...

Suspiró con fuerza.

—¡He aquí á lo que nos vemos reducidos, adónde conduce el arte, el gran arte!

Y añadió con rabia sorda:

—¡Por algunos días, porque esto no puede durar!

—¿Es posible?

—Ya comprenderéis... Todo está cerrado...

El Odeón era un recurso, aunque pequeño...

¡Suprimido! ¡Aquí nada que vender!

Sonrió tristemente, y mostrando la cabeza de Teresa, el único objeto de valor que habia quedado en el taller:

—¡Ah, sí!—dijo.—Un prendero me ofrece doscientos francos por mi joven... ¿Os acordáis de los días en que hacíamos vuestro retrato?... Entonces teníamos esperanzas... Ese desgraciado Escoubere nos habia alquilado este taller... Yo formaba castillos en el aire. Tuve un relámpago de esperanza; pero todo se convirtió en humo. Me queda vuestro retrato... Si él desapareciese también, creería que era que se apaga el último rayo de luz.

—¿Os ofrecen doscientos francos?

—Sí.

—¿No lo habéis dado?

—No puedo...

—¿Por qué?

—¡Vuestro retrato!...

—¿Qué importa eso?...

—¿Lo permitís?

—¡Querido maestro, si eso puede seros útil!

—Pues bien, veré... ¡porque nuestra necesidad es grande!... Pero todavía no... ¡El alquiler está pagado! En el verano se necesita poco... Esperaré... Hablaremos de vos... ¿Sois feliz?

—¿Puedo serlo jamás?

—¿Estáis bien colocada?

—Sí y no.

—¿Ganáis bastante para vos?

—No he cobrado nada todavía... Me han hecho anticipos para vestirme. Necesitaba ropa... ¿No habéis vuelto á ver al señor Escoubère?

—No.

—¿Y á la señora Guignard?

—Sí, varias veces... Hace dos días hablamos de vos... No me atreví á decirla cómo estamos. Me dió vergüenza... Os guarda vuestra habitacioncita... El señor Quillet ha prohibido que la toquen nada más que para limpiarla y airearla... Dice que está seguro de que pronto volveréis á ella... Va todas las mañanas á enterarse de lo que pasa y pregunta á la portera:

—¿Ha vuelto Teresa?

—No.

Y dice entre dientes:

—Es admirable, es admirable.

Se marcha, pero vuelve al día siguiente y hace la misma pregunta.

Krug preguntó vacilando:

—¿Tenéis libre toda la mañana?

—Sí.

—¿Os quedaréis á almorzar con nosotros? No almorzaréis muy bien, pero...

—Me quedaré con la condición de pagar mi

parte. No somos más ricos los unos que los otros, querido maestro.

Teresa tendió sus dos manos amistosamente á su profesor, sonrió y le dijo:

—Voy á salir; volveré á las once. ¿Queréis?... Tengo que hacer.

—Sí. Os esperaremos.

—Seré puntual.

Salió.

Lo que acababa de ver y de oír la había como transfigurado.

Habia en ella una levadura de resolución que se agitaba... Su cerebro hervía, por decirlo así.

¡Qué! ¡Aquel hombre tenía un talento verdadero, un talento natural completado por un estudio constante, un trabajo de veinte años, y moría de hambre! Esta era la palabra.

¡Qué! ¡Ella era joven; era animosa, honrada y decidida; tenía deseos de cumplir con su deber, cualquiera que éste fuese, por mucho trabajo que un amo quisiera darla, y la echaban porque rehusaba someterse á infames proposiciones!

El mismo señor Quillet, un buen hombre, en el sentido que el mundo da á esta palabra, la decía irónicamente:

—¡Quiéres trabajar, vivir honradamente; crees que eso es posible! Busca... ¡Ensayá y tú volverás... serás mía y te considerarás demasiado feliz en aceptar lo que yo te ofrezco!...

Estaba tan seguro de esto, que había hecho que la conservaran la habitación.

La esperaba.

Así se lo decía á todo el mundo.

Pues bien, puesto que no tenía otros recursos, no aceptaría las proposiciones del señor Quillet; la costaría mucho ruborizarse delante de un hombre á quien conocía... pero, si era preciso, caería como tantas otras en el abismo, hacia el que las desheredadas como ella son empujadas fatalmente.

¿No se había dicho cien veces que estaba decidida á todo por su hijo?

La vista de la miseria inmerecida de aquel hombre, que era tan bueno, tan cariñoso para ella, la daba un valor que ella no hubiera tenido, sin duda.

Sin embargo, á fin de no tener nada que reprocharse, quiso intentar un último esfuerzo.

Cuando llegó al medio de la calle de Rennes se dirigió á un guardia de la paz y le preguntó:

—¿Podrías indicarme una agencia de colocaciones?

El guardia buscó en su memoria.

—¿Una agencia de colocaciones? Si... allí... hacia la mitad de la calle de San Plácido.

E interrumpiéndose con visible mal humor, la preguntó:

—¿Necesitáis de esas agencias vos?

—Sí.

—Os compadezco. ¿Qué es lo que vais á encontrar en ellas?

—Lo que pueda...

—No será gran cosa, no.

—De todos modos, quiero probar.

—Id con Dios... Allí debe haber una.

Teresa continuó su camino hacia el sitio que la había indicado el guardia.

No se engañaba éste.

La agencia existía.

Estaba en el fondo de un patio. No había necesidad de preguntar al portero.

En el extremo de un pasillo oscuro, una claridad aparecía como en el fondo de un pozo.

Del otro lado de aquella claridad que venía de lo alto, en un patio interior, á los dos lados de un postigo, había carteles que anunciaban las peticiones y las ofertas de colocaciones.

La joven entró.

Algunas sirvientes esperaban á los compradores, perdonad, á los amos ó las amas de casa en busca de criadas, cocineras ó doncellas.

El aburrimiento, la necesidad, el desaliento, estaban impresos sobre los rostros de todas aquellas gentes.

En un rincón, detrás de una reja, una señora anciana y un hombre de edad escuchaban las peticiones, las quejas con más frecuencia de la clientela.

Teresa vió desfilar por delante de ella una media docena de sirvientes, cuya historia, con insignificantes variaciones, era la misma.

Cuando llegó su turno se acercó á la reja. El hombre la miró con atención y con tono un tanto amable la preguntó:

—¿Qué queréis?

—Una colocación.

—¿De qué clase?

—Empleada en un almacén, cajera, lo que queráis.

—¡Diantre! Sois de buena conformidad. Dad cinco francos.

—¿Tendré colocación?

—Probablemente. Siempre se concluye por encontrar una cuando sabe uno arreglarse... Eso es cuestión vuestra...

—¡Si yo estuviese segura!...

El viejo tenía poca paciencia.

—No hay nada seguro—dijo—debajo de la capa del cielo. Comprenderéis que por cinco francos no puedo garantizaros diez mil de renta. Eso sería demasiado tonto.

—Yo quisiera...

—Dad primero los cinco francos. Después hablaremos.

Teresa pensó que si daba los cinco francos que la pedían sacrificaba para nada la mitad de su capital.

Y como no contestaba, el anciano la dijo algo incoherente:

—Me hacéis perder el tiempo bien inútilmente. Los cinco francos son por la inscripción.

—Está bien—dijo Teresa, indignada por aquellos modales.—Veré y volveré... Buenos días.

Y se retiró.

El dueño, exasperado, exclamó:

—Decid, ¿es decente lo que hacéis? Cuando no se piensa pagar no se molesta á las gentes.

Teresa estaba ya lejos.

Tuvo, sin embargo, valor para hacer una nueva tentativa.

Fué una repetición de la misma escena con diferentes actores.

Se encontró enfrente de una señora de unos cincuenta años, regordeta, de faz hipócrita, burlona, de una dulzura de jarabe.

El marido era un hombre muy maduro, con cabeza de magistrado.

Allí, la explotación se hacía con formas, pero más ásperamente aún.

Nada seguro.

Sería preciso esperar cinco semanas, dos meses tal vez.

Era muy raro lo que ella deseaba.

La inscripción eran cinco francos, después la mitad del salario del primer mes, en caso de colocación.

Esto sería todo.

Teresa repitió su despedida.

—Está bien, lo pensaré y volveré. Gracias. Y salió huyendo.

El olor de aquellos sitios, que parecían vestíbulo de un infierno moderno, la sublevaba el corazón.

Se acercaba la hora de la cita en casa de los Krug.

Su última experiencia estaba hecha.

Pensó que sus cinco francos estarían mejor empleados en víveres, que entre las garras de aquellos comerciantes de miseria; que después de todo se burlaban de ella y no la prometían nada, y que en todo caso, no tenía ya tiempo de esperar el azar que hubiera de sacarla del apuro en que estaba.

Entró en una pastelería, compró una empañada, dos botellas de vino común, y con estas provisiones se dirigió á casa del pintor.

Esto fué el maná que caía del cielo.

La señora Krug no había podido reunir más que pan y una media docena de huevos.

Su bolsillo no la permitía otros excesos y su crédito estaba muerto desde hacía más de seis semanas en el barrio.

El almuerzo fué triste.

A pesar de los esfuerzos de Teresa para animar á sus amigos, todo el mundo sentía que aquel festín no se repetiría.

La idea de la miseria final se cernía por encima de aquellas cabezas.

La misma Teresa, tratando de parecer tranquila y aun alegre, estaba desesperada.

A cosa de las cuatro se separó de los Krug.

No la quedaban más que tres francos por todo capital, y la idea de entrar en uno de esos hoteles de pobres que están abiertos para los empleados cesantes, la repugnaba en el más alto grado.

Por otra parte, ¿tenía ni aun lo necesario para encontrar asilo en ellos?

Esta repugnancia la dió valor para volver á su habitacioncita de la calle del Echaudé.

A las cinco se encontraba delante de la casa de su adorador el señor Quillet.

La portera estaba á la puerta tomando el fresco.

Al ver á Teresa lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Vos?...

Teresa se proponía ser franca con la señora Guignard. Necesitaba consuelo.

—¡Ay, sí, soy yo, señora Guignard!—dijo la pobre joven.

—¿Y á qué debo el gusto de veros por aquí? Teresa suspiró y contestó con desaliento:

—Cosas que son poco agradables de contar y que ocurren sin duda con frecuencia.

—Entrad—dijo la portera, contenta por la perspectiva de una buena historia,—vais á explicarme lo sucedido.

Y sentadas la una al lado de la otra en la habitación de la señora Guignard, esta empezó diciendo:

—¿Conque en resúmen? ese pobre señor Quillet, tenía razón, ¿eh?

Teresa confesó todo con una sola palabra:

—Sí.

—He ahí uno que conoce el mundo. Siempre me ha dicho:

—Ella volverá, señora Quignard, y antes que penseis, ¡ó entonces!...

—O entonces ¿qué?—preguntó Teresa.

—Vos comprendeis bien, ¿no es verdad?

—¡No hay necesidad de poner los puntos sobre las *ies*! ¡El señor Quillet quería decir que habrían pasado cosas!... Eso se comprende:

—¿El cree, pues, que es imposible?

—¿Vivir honradamente?

—Sí.

—Eso depende... Para una joven de muchos atractivos, sí.

—¿De modo que á sus ojos tengo yo muchos atractivos, señora Guignard?

—A los míos también.

—¿Y es eso una desgracia?

La portera reflexionó un instante y dijo:

—Tal vez.

La conversación decayó.

La portera examinaba la cara, el talle de su inquilina y cuando hubo terminado su examen la dijo:

—Estais mejor que nunca...

—¿Crecis?

—Ciertamente. ¡Estábais paliducha!... No es que tengais muchos colores, pero habeis engordado. ¿Teniais buena mesa?

—No era mala.

—¿Qué destino teniais?

—Cajera.

—¿Dónde?

—En un gran café de la calle de Rívoli.

—¿Hacen buen negocio?

—Excelente.

—¿Y el patrón, que edad tiene?

—Cuarenta años.

—¿Casado?

—Nó.

—¿Buena figura?

—Bajito, seco, voluntarioso... No he tenido tiempo de fijarme.

La portera se acercó más á la inquilina, y con esa curiosidad que tienen las mujeres por saber las historias de amor y de libertinaje, la preguntó:

—¿Pero él se había fijado en vos, eh? Os miraba y no se separaba mucho. Tenía sus proyectos. ¿Y un día, ó una noche, concluyó por estallar?

Teresa ni áun se ruborizó.

Se hubiera dicho que se insensibilizaba.

—¿Esta noche pasada, tal vez?—repuso la portera mirando á la joven con fijeza.

—Sí. Entró en mi habitación, y como yo rehusaba escucharle, se encolerizó, rabió, desgarró mis vestidos, los pisoteó y salió como un loco... Yo me había refugiado en el balcón; esto fué lo que le obligó á marcharse... ¡Yo hubiera gritado!.. Tuvo miedo... Había agentes en la calle... Esta mañana abandoné la casa, sin dinero, y no sé lo que va á ser de mí... ¡He aquí lo ocurrido!..

—¿A dónde habéis ido después?

—A una agencia de colocaciones.

—¡Ignominias!—declaró la señora Guignard.—Creo que no volveréis á ninguno de esos antros.

—No, sin duda. Además, no conseguiría nada; pero es necesario vivir. Y además, tengo que pagar la mensualidad de mi hijo.

—Sí, ya lo sé... Eso es duro.

La portera añadió:

—Tenéis á vuestra disposición vuestro cuartito aquí. Es una atención del señor Quillet... No os pide nada por el alquiler.

—Vos le daréis las gracias en mi nombre...

—No vais á verle?...

—¿Qué queréis que le diga?

—Vuestros efectos están en orden... Los he cuidado como si fueran míos. El mismo señor Quillet se ha ocupado de ellos... Si no queréis conservar la guardilla, podéis vender lo que en ella tenéis... No se os impide... pero todos esos bibelots valen algo cuando uno los com-

pra, pero no valen nada cuando quiere deshacerse de ellos... ¿No subís?

—No.

—¿Y esta noche?

—No sé lo que haré. Estoy muy preocupada...

—Lo comprendo; pero es preciso no abandonarse... Yo también he pasado las mías, no tenéis cuidado... Pero aquí me tenéis... ¡Y vos tenéis lo que yo no tenía!

—Teresa suspiró.

La portera aludía á su fatal belleza.

—En verdad que voy á subir un momento—dijo variando de parecer.—Dadme la llave. ¡Me gustará volver á ver mi habitacioncita!... ¡Después á pasearme, á respirar, y mañana veré!

—Eso es... No os desaniméis... Aun tenéis amigos... Yo, el señor Quillet...

Teresa cogió la llave y se dirigió á la escalera. Cuando la subía pensaba:

—¿Dónde estaré yo mañana?

Su guardilla estaba muy limpia, sin polvo, todo en el mayor orden.

Sus dibujos estaban colgados en las paredes, los lápices y los pinceles estaban sobre la mesa.

Los bocetos, que ella tenía guardados en el cajón de la mesa, los había sacado el señor Quillet, que se entretenía en mirarlos de cuando en cuando en recuerdo de la artista en la que pensaba sin cesar.

Volvió á encontrar sus dos sillas, su cama y los pocos efectos que había traído de la Boca del Lobo.

Allí estaba su saquito. Lo abrió.
En él encontró la tarjeta del marqués Huberto de Sauves.

Al verla se quedó pensativa.

¡El marqués era bueno, atento, amable y galante!

Con ella se había portado muy bien.

¿Si se dirigiera á él?

¿No se lo había dicho así él mismo?

¿Pero qué podría hacer por ella?

—¿Socorrerla?

¿Buscarla una colocación? ¿Qué colocación? ¿Qué, las había para las jóvenes como ella? Así lo había creído, pero acababa de sufrir una cruel desilusión.

Las pestes que la habían arrojado á la cara la desalentaban.

¿Para qué intentar nuevas pruebas?

¡Tanto valdría tener amantes que la pagasen, como exponerse á tales escenas!

Al menos, tal vez, tendrían con ella atenciones y la tratarían con menos brutalidad é insolencia.

¿Por qué no?

Seguía con la tarjeta en la mano.

Una triste sonrisa iluminó su rostro.

¡La habría gustado, aquel marqués!

Todo en él la encantaba, sus facciones, su elegancia, hasta el metal de su voz, que lisonjeaba como una caricia.

¡Las manos del joven habían estrechado las suyas con una especie de ardor contenido y de piedad tierna de la que se acordaba todavía!

Permaneció pensativa, abandonándose á ese

sueño imposible, y después se levantó bruscamente preguntándose:

—¿Es qué pierdo la razón? ¿Qué puede haber de comun entre él y yo? ¡El prometido de la señorita Fernanda de Corbière!... ¡El tiene un hotel, millones; y yo tengo, por toda fortuna, un mal vestido y tres francos en el bolsillo!

Bañó en el agua sus pobres ojos rojos por la fiebre, se hizo su *toilette* con cuidado, fatigada por una noche sin dormir, agobiada por la lucha, de la que salió enferma, y, cuando bajó encontró á la portera que acechaba su paso con interés.

¡Qué de dramas y de comedias grotescas ó lamentables se representan todos los días en algunas casas de París!

—¿Salís?—preguntó la portera.

—Sí.

—¿A dónde vais á comer?

—No lo sé.

—Es preciso saberlo.

—Veré.

—¿Volveréis?

—Tal vez.

—Estáis hermosa como un ramo de rosas.

—¡Triste flor!—murmuró la joven, cuyo corazón se hinchó de pronto.

Huyó porque la portera no notara su emoción.

Eran cerca de las ocho.

Subió de prisa el boulevard San German hasta la puerta de la Concordia.

Allí vaciló, no sabiendo hacia qué lado dirigirse.